



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 13

CT 119 ECLESIOLOGÍA Y PNEUMATOLOGÍA

Arabome, Anne. “Género y eclesiología: autoridades, estructuras, ministerio”. *Concilium*, n.347 (2012): pp. 133-143.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Anne Arabome *

GÉNERO Y ECLESIOLOGÍA: AUTORIDADES, ESTRUCTURAS, MINISTERIO

¿Cómo es que el cristianismo ha dado a las mujeres la libertad y la liberación y, al mismo tiempo, las cadenas de la opresión? Por una parte, las enseñanzas de la Iglesia han elevado la posición y el estatus de las mujeres, reconociéndolas como merecedoras de respeto y reverencia. Por la otra, sin embargo,

las mujeres experimentan actualmente un cristianismo que, con su Iglesia y a través de su teología, ha contribuido decisivamente al desarrollo de una sociedad patriarcal destructivamente intolerante¹.

Las consecuencias negativas de las actitudes y estructuras patriarcales se manifiestan en los ministerios de la Iglesia en todo el mundo, por no mencionar siquiera las conceptualizaciones negativas de las mujeres respecto de su propio cuerpo.

* ANNE ARABOME, SSS, es profesora visitante del Programa de Estudios Africanos de la Northwestern University de Evanston. Es miembro de las Hermanas del Servicio Social de Los Ángeles, California. Tiene un doctorado en ministerio en Espiritualidad de la Catholic Theological Union de Chicago. Sus intereses de investigación incluyen temas éticos y teológicos que modelan la vida espiritual de las mujeres de África.

Dirección: Sisters of Social Service, 2106 South Hobart Blvd, Los Angeles, CA 90018 (Estados Unidos). Correo electrónico: omoye208@yahoo.co.uk

¹ Elizabeth Moltmann-Wendel y Jürgen Moltmann, *Humanity in God*, Pilgrim Press, Cleveland, Ohio, 1983, pp. 35-37.

I. Ecclesiología

En la comprensión teológica sobre la Iglesia ha tenido una influencia predominante la visión de la Escolástica, bajo la égida de Tomás de Aquino. El Vaticano II abrió las mohosas ventanas del pensamiento encostado e introdujo nuevas perspectivas a la comprensión de la naturaleza y la misión de la Iglesia. Por lo menos en teoría, desmanteló el modelo de una jerarquía piramidal. El pueblo peregrino de Dios se convirtió en una descripción convincente de la Iglesia. Richard McBrien considera las ecclesiologías feminista, liberacionista y étnica como desarrollos positivos dentro de la Iglesia del posconcilio junto con el surgimiento de las asociaciones y los movimientos laicales². Desde el Vaticano II, el pueblo de Dios ha estado en búsqueda de nuevas vías para experimentar su compromiso con Dios en términos contemporáneos

McBrien señala también el surgimiento de las pequeñas comunidades de base como una nueva expresión de Iglesia, donde se parte de la vida de los pobres para la comprensión del mensaje de Cristo como Liberador. Estas son

comunidades eucarísticas en el seno de la Iglesia [...] Sus miembros oran en común, se prestan servicios mutuamente [...] y colaboran en obras de justicia y de caridad³.

Esto confirma la convicción, sostenida desde hace tiempo por teólogos de la liberación como Leonardo Boff, de que las pequeñas comunidades de base actúan como un llamamiento a la institución porque reconocen la presencia de cada individuo y eliminan estructuras de dominación interactuando en relaciones que se desarrollan libremente. Viven el mensaje de Jesús ayudándose unos a otros y oponiéndose a las injusticias que los rodean. Cada persona es reconocida por sus dones con independencia del género⁴. Las implica-

² Richard McBrien, *The Church: The Evolution of Catholicism*, Harper-Collins, San Francisco 2008, pp. 337-343, 345-349.

³ McBrien, *The Church*, p. 349.

⁴ Leonardo Boff, *EcclesioGenesis: The Base Communities Reinvent the Church* Orbis, Maryknoll, Nueva York 1986, p. 4 (trad. esp. *Ecclesiogénesis*, Sal Terrae, Santander 1986).

ciones que esto tiene para el papel de las mujeres y para su implicación en la Iglesia tienen un carácter transformador.

No obstante, considerando el estado actual del gobierno jerárquico de la Iglesia y sus estructuras, las mujeres preguntan: ¿Dónde encuentran cabida las mujeres como miembros del cuerpo de Cristo? Dada la realidad del desigual tratamiento que sufrimos, ¿cómo corregimos el desequilibrio de género? Las estudiosas, en especial las teólogas feministas, han escrito extensamente sobre temas de género con relación a la Iglesia y la sociedad y a la penosa exclusión de las mujeres de la conducción, la autoridad y los ministerios de la Iglesia.

La imagen de Dios como varón sirve como punto de partida de esta exclusión. Solo tenemos que ir a las Escrituras hebreas para ver la cultura judía altamente patriarcal desde la cual han sido escritos estos libros. Las cartas paulinas y los escritos de los Padres de la Iglesia (Tertuliano, Agustín) enfatizaron la inferioridad de las mujeres y reforzaron los estereotipos negativos de la femineidad. Un poco de contrapeso hacen los escritos paulinos que hablan de las iglesias domésticas y del liderazgo de mujeres en esas iglesias como pares en el ministerio. No obstante, al final, la religión, la sociedad y la cultura siguen confinando casi universalmente a las mujeres a un estado de sujeción y opresión. La colonización y la esclavitud han exacerbado esta opresión, mientras que los medios de comunicación modernos propagan sin cesar inveterados estereotipos sobre las mujeres. En tal sentido, la Iglesia cristiana ha imitado la cultura. Así, incluso en una religión que reconoce a Cristo como Liberador, las mujeres siguen siendo tratadas como seres humanos de segunda. Comprensiblemente, las mujeres tienen que tomar la iniciativa para explorar y probar

cómo las construcciones sociales de sexo/género, de raza, de colonialismo, de clase y de religión han influido y moldeado marcos teóricos, formulaciones teóricas e interpretaciones bíblicas*.

⁵ Elisabeth Schüssler Fiorenza, *Wisdom Ways: Introducing Feminist Biblical Interpretation*, cap. «Wo/men's Movements-Wisdom Struggles», Orbis, Maryknoll, Nueva York 2006, p. 93 (trad. esp. *Los caminos de la Sabiduría: Una introducción a la interpretación feminista de la Biblia*, tr. José Manuel Lozano Cortón Perona, Sal Terrae, Santander 2004).

II. El sufrimiento universal de las mujeres: un relato de dos mundos

Un proverbio africano reza: «un ser humano es ser humano a través de otras personas». Se puede decir con seguridad que el sufrimiento de la exclusión de las mujeres en nuestra Iglesia es universal, aunque en diferentes grados. Esta es la razón por la cual es de máxima importancia la solidaridad entre las mujeres del mundo entero con vistas a su liberación.

En el Norte global, las mujeres piden *igualdad* y plena participación en la vida y la misión de la Iglesia, mientras que, en el Sur global, están luchando por reivindicar su *humanidad* en la Iglesia y la sociedad que las han deshumanizado y les han negado el potencial que les ha sido dado por Dios. Recuerdo haber leído durante mis estudios de doctorado *The Church Women Want*, de Elizabeth Johnson. Esta lectura despertó en mí un profundo dolor, al saber que los temas planteados en el libro por las mujeres occidentales de clase media no son los de las mujeres africanas. Las mujeres en el Sur global experimentan la exclusión y múltiples estratos de opresión como consecuencia del colonialismo, la pobreza y la cultura. Por tanto, de manera única,

el feminismo africano combina dimensiones raciales, sexuales, de clase y culturales para producir un tipo más inclusivo de feminismo, a través del cual las mujeres se ven primera y principalmente como *seres humanos*, más que como *seres sexuales*⁶.

Aunque las mujeres del Sur global tienen que alcanzar todavía este objetivo, nuestras hermanas del Norte global no deben suponer que hablan en nombre de nuestras hermanas del Sur como si fuese posible hacer una tarea mejor de la que podríamos hacer por nosotras mismas⁷.

⁶ Filomina Chioma Steady, citada en Rosalyn Terborg-Penn y Andrea Benton Rushing (eds.), *Women in Africa and the African Diaspora*, Howard University Press, Washington 1996, p. 4.

⁷ Teresa M. Hinga, «Between Colonialism and Inculturation: Feminist Theologies in Africa», en Elisabeth Schüssler Fiorenza (ed.), *The Power of Naming: A Concilium Reader in Feminist Liberation Theology*, Eugene, Oregon: Wipf & Stock, 2006, p. 42.

Las mujeres de África, Latinoamérica y Asia tienen que encontrar su propia voz y decir sus propias verdades.

Mientras que las mujeres en el Norte global pueden quejarse de la falta de puestos de conducción en la Iglesia, las del Sur global no hallan lugar alguno para utilizar sus dones debido a la desigualdad de género en la Iglesia. Además, las mujeres en el Sur global llevan la carga de los estragos de la guerra, de la migración, de la pobreza, de la violencia, de la violación y de prácticas culturales que amenazan la vida.

En el Norte global, las mujeres protestan cuando sus vidas son minimizadas a los estándares de la supremacía masculina y de raza blanca y su dignidad y autoestima se ven menoscabadas por las imágenes negativas que de ellas se exhiben en los medios. Con fuerza se escucha el eco del lamento de Jane Fonda: «los medios crean consciencia, y si lo que sale de allí y crea nuestra consciencia está determinado por hombres, nosotros no haremos progreso alguno»⁸. Aunque desde diferentes confines del mundo nos llega el eco de nuestro lamento, nuestro dolor como mujeres cala profundamente. Tenemos que tomar contacto y unir nuestra manos para apoyarnos mutuamente.

III. Autoridad

En la Exhortación Apostólica Postsinodal «Africae munus», Benedicto XVI afirma:

La Escritura Santa atestigua que la Sangre derramada de Cristo se transforma por el bautismo en el principio y el vínculo de una nueva fraternidad. Esta es lo opuesto a la división, como el tribalismo, el racismo o el etnocentrismo (cf. Gál 3,26-28)⁹.

Como mujer que reflexiona sobre este texto de Gálatas, yo ampliaría la lista para incluir también el sexismo, el clericalismo, el patriarcado, la desigualdad de género y la violencia de género. La definición

⁸ Jane Fonda, www.youtube.com/topic/Sm6EUR9kSog/miss-representation. Acceso el 17/07/2012.

⁹ Benedicto XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal «Africae munus», del 19-II-2011, n. 41.

que se hace de la Iglesia está estrechamente ligada a la comprensión que se tiene del género. La construcción teológica católica romana es tendenciosa en cuanto al género. Elizabeth Johnson señala que hablar de Dios

exclusivamente en términos literales de patriarca es una herramienta de sutil condicionamiento que actúa debilitando el sentimiento de dignidad, de poder y de autoestima de las mujeres¹⁰.

De forma semejante, Elisabeth Schüssler Fiorenza observa que:

«el problema teológico inmediato es si el constructo de una “sucesión apostólica” de los doce puede mantenerse hoy en día a la vista del reconocimiento histórico de que los doce apóstoles no tuvieron sucesores ni tampoco ordenación sacerdotal alguna»¹¹.

Jon Sobrino agrega que Jesús fue un laico que no tenía necesidad de poder «sagrado». Antes bien, Jesús trajo las cualidades de un ser humano bueno y virtuoso: «misericordia, fidelidad y entrega»¹².

Obviamente, la dominación patriarcal eclesial varía de un lugar a otro. No obstante, en África, los obispos y el clero son tratados como reyes, príncipes y potentados. Las mujeres los sirven y, al hacerlo, tienen que ocultar la realidad de su poder personal y de sus dones de conducción. En este contexto, «un sacerdote u obispo puede volverse en un opresor vitalicio de la comunidad eclesial, ejerciendo sobre ella una eficaz acción descristianizadora»¹³. La obsesión jerárquica por el poder viola la comprensión evangélica de autoridad como servicio humilde y sacrificado (cf. Mt 20,26-24)¹⁴.

¹⁰ Elizabeth Johnson, *She Who Is: The Mystery of God in Feminist Theological Discourse*, Nueva York: Crossroad, 1993, p. 38 (trad. esp. *La que es: el misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, Herder, Barcelona 2002).

¹¹ Elisabeth Schüssler Fiorenza, *Discipleship of Equals: A Critical Feminist Ekklesia-logy of Liberation*, Crossroad, Nueva York 1993, p. 115.

¹² Jon Sobrino, «Lo fundamental de todo ministerio. Servicio a los pobres y víctimas en un mundo norte-sur», en Susan Ross, María Clara Bingemer y Paul Murray (eds.), *Los ministerios en la Iglesia: Concilium 334* (2010) 13.

¹³ Bénédet Bujo, *African Theology in its Social Context*, Orbis, Maryknoll, Nueva York, 1992, pp. 97-98.

¹⁴ Schüssler Fiorenza, *Discipleship of Equals*, p. 305.

La pregunta que se plantea es la siguiente: ¿Cuál era la relación de Jesús con la autoridad? Parece que el tipo de autoridad que Jesús adoptó fue la autoridad del amor y de la invitación. Su relación con Dios mostro una profunda intimidad y fe que le hizo posible resistir a las fuerzas del mal y superarlas¹⁵. Según la evidencia de las Escrituras, Jesús estaba introduciendo un tipo invertido de autoridad validado por el servicio a los demás. Resulta relevante la comprensión de Schillebeeckx: «Si tienes un cargo oficial, tienes la función profética de proclamar el evangelio de Jesús; en otras palabras, de proclamar la justicia. Así, dondequiera que haya injusticia, tienes que oponerte a ella, y eso significa que tienes que oponerte a ella ante todo en el seno de la misma Iglesia... Todos los que viven la vida del evangelio están obligados a juzgar a la Jerarquía de la Iglesia como poder»¹⁶.

IV. Estructuras

Lisa Cahill afirma que:

la nueva visibilidad de la experiencia de la mujer parece haber ampliado, más que reducido, las rupturas que hay en la unidad de la Iglesia, demostrando que la unidad de la que muchas tienen nostalgia es una ilusión¹⁷.

¿Cómo podría alcanzarse tal unidad si la estructura de la ecclesia es patriarcal y jerárquica, excluyendo a las mujeres a causa de su género? Pero se podría considerar esta «nueva visibilidad» de las mujeres como ímpetu para cuestionar las estructuras patriarcales y eliminar las prácticas discriminatorias que oprimen a las mujeres en la Iglesia.

¹⁵ Albert Nolan, *Jesus Before Christianity*, Orbis, Maryknoll Nueva York, 2004, pp. 148-149.

¹⁶ Edward Schillebeeckx, *God is New Each Moment: In conversation with Hub Oosterhuis and Piet Hoogveen*, Continuum, Londres 2004, pp. 83-84

¹⁷ Lisa Sowle Cahill, «The Unity of the Church: Women's Experience», en Giuseppe Reggieri y Miklos Tomka (eds.), *The Church in Fragments: Towards What Kind of Unity?*, SCM Press-Orbis, Londres-Maryknoll, Nueva York 1997, p. 95.

Las afirmaciones teológicas y los pronunciamientos oficiales sobre el papel de las mujeres en la Iglesia y la sociedad han negado de manera consistente e injusta la capacidad de las mujeres para conducir y servir ministerialmente en plenitud. Eminentes personajes como Agustín, Tertuliano y Tomás de Aquino han silenciado la autoridad de las mujeres para definirse a sí mismas. El resultado ha sido catastrófico. Como ha observado Diana Hayes, esta situación ha

dejado a las mujeres sin derechos para controlar su propio cuerpo, mente, descendencia y hasta su misma alma. No obstante, estas interpretaciones dan un giro aún más siniestro cuando se las aplica a cuerpos y almas negras, sean de varones o de mujeres¹⁸.

Estas actitudes hacia las mujeres en general y hacia las de color en particular plantean un serio cuestionamiento moral a la Iglesia de Cristo. Hay una urgencia a este respecto, en especial en lo que tiene que ver con las mujeres de África. Como dijera Benedicto XVI:

La Iglesia y la sociedad necesitan que las mujeres encuentren el puesto que les corresponde en el mundo «para que el ser humano pueda vivir sin deshumanizarse completamente»¹⁹.

No obstante, las estructuras de la Iglesia, que se asemejan a las estructuras económicas de nuestro mundo, colocan a las mujeres del Sur global en la mismísima base de la pirámide jerárquica, olvidando

el hecho de que el ochenta por ciento de los miembros de la Iglesia en África son mujeres, y [...] ni siquiera el cinco por ciento de la conducción de la Iglesia está formado por mujeres²⁰.

Las estructuras de la Iglesia se nutren de poder y de control. Jesús, por el contrario, aceptaba a cada persona no sobre la base de su riqueza y prestigio, sino de la simple fe en que cada persona encarna la imagen de Dios: *imago Dei*. La comunidad eclesial solo comenzará

¹⁸ Diana Hayes, «Speaking the Future into Life: The Challenge of Black Women in the Church», en Elizabeth Johnson (ed.), *The Church Women Want: Catholic Women in Dialogue*, Crossroad, Nueva York 2002, p. 84.

¹⁹ «Africae munus», n. 55.

²⁰ Musimbi R. A. Kanyoro, *Introducing Feminist Cultural Hermeneutics: An African Perspective*, Sheffield Academic Press, Nueva York 2002, p. 24.

a ser verdadera para con su esencia si sus estructuras se basan en el respeto y la dignidad de la persona humana más que en el control y la lucha por posiciones de autoridad. Como señala Oduyoye:

La Iglesia tiene que convertirse en un hogar en el que todos cuenten, en el que el espectro completo de ministerios llegue a ser la responsabilidad conjunta de todos en la Iglesia²¹.

V. Ministerios

Jon Sobrino desafía al Norte global a modelar el ministerio según las enseñanzas y acciones de Jesús. El verdadero servicio de Jesús implica la conversión completa del corazón: mirar directamente las apremiantes dificultades de los pobres. Este es precisamente el ministerio de Jesús: abajarse al suelo y lavar los pies a los pobres²²

Tal transformación requiere una desacralización y desclericalización del ministerio eclesiástico²³.

En otras palabras, los poderes establecidos tienen que aprender a descender y a actuar con una compasión inspirada en la praxis de Jesús. Porque, como sostiene A. E. Orobator,

dondequiera que el clericalismo establece la norma del liderazgo emerge una falta generalizada de participación o de diálogo que implique a los miembros laicos de la Iglesia²⁴.

Las mujeres están siendo excluidas a causa de su género en lugar de ser admitidas en virtud de sus dones, que son vitales para el advenimiento del reino de Dios. La primera comunidad cristiana actuaba en el «Espíritu» y daba la bienvenida a los dones del Espíritu que actuaban en todos los miembros de la comunidad. Coherentemente, mujeres y hombres ponían en ejercicio sus dones pastorales y es-

²¹ Mercy Amba Oduyoye, *Introducing Women's Theology* Pilgrim's Press, Cleveland, Ohio, 2001, p. 88.

²² Sobrino, «Lo fundamental de todo ministerio».

²³ Schüssler Fiorenza, *Discipleship of Equals*, p. 33.

²⁴ A. E. Orobator, *The Church as Family: African Ecclesiology in its Social Context*, Paulines, Nairobi 2000, pp. 43-44.

pirituales como maestras o maestros, predicadoras o predicadores, visionarias o visionarios, profetisas o profetas, sanadoras o sanadores, exorcistas y dirigentes de la comunidad. Poner en ejercicio esos dones tenía poco que ver con el género.

Los ministerios eclesiales están creciendo y expandiéndose hoy en día, aunque bajo un estricto control por parte de la jerarquía. Las mujeres en el Norte global han hecho grandes avances en su incorporación a los ministerios, en contraste con sus hermanas del Sur global, a las que se impide compartir el mismo privilegio. Irónicamente, las mujeres en el Sur global conocen y experimentan íntimamente la pobreza y son las que más cerca están de las raíces de los problemas de los pobres: las mujeres de África llevan la carga de cuidar de niños que están muriendo de hambre; las mujeres de África son violadas y hechas objeto de abuso por entidades tribales en guerra; las mujeres de África caminan cientos de kilómetros hacia campos de refugiados; las mujeres de África luchan con los estragos de VIH/sida²⁵. Las mujeres de África, al igual que la samaritana, anhelan las «aguas vivas» de Cristo. Aquellas que experimentan la mayor sed ¿no deberían ser las primeras en recibir un sorbo del agua que da la vida?

Tristemente, las mujeres del Sur global cargan con doble peso en sus tinajas de agua: opresión y pobreza. Al mismo tiempo, el agua de sus tinajas es transformada en el vino del servicio, ganado a duras penas a través del dolor y del sufrimiento. Ese vino del servicio invita a la Iglesia a unir las manos con la samaritana del Sur que está pidiendo que aguas de vida fluyan hacia todas sus hermanas y hermanos. De ese modo, el ministerio del servicio puede tornarse en una realidad compartida, y mujeres y hombres de la Iglesia pueden acudir a la mesa del Señor como iguales: sirviendo y partiendo el pan de la compasión²⁶.

²⁵ Musa Wenkosi Dube, «John 4: 1-42. The Five Husbands at the Well of Living Waters: The Samaritan Woman and African Women», en Nyambura Njoroge y Musa Dube (eds.), *Talitha Cum: Theologies of African Women*, Cluster Publication, Pietermaritzburg (Sudáfrica) 2001, pp. 41-42.

²⁶ Sobrino, «Lo fundamental de todo ministerio».

VI. Conclusión: el futuro es ahora

Rahner celebró el surgimiento de una «Iglesia mundial» postconciliar, liberada de los «europeísmos» de una Iglesia centralizada y burocrática.²⁷ Esta nueva realidad eclesial, al mismo tiempo entusiasmante y aterradora en sus exigencias, debe su origen y existencia a la acción del Espíritu Santo en la Iglesia y en el mundo. Una Iglesia menos jerárquicamente estructurada implicaría a los cristianos de forma mucho más profunda en una vida de contemplación a la vez que de protesta en el mundo. Las mujeres que ansían una Iglesia de igualdad y de liberación se encontrarían en comunidades de igualdad y de discipulado. Aquí, los dones individuales tanto de mujeres como de hombres resplandecerán sin impedimentos. El papel de las mujeres será reconocido y apreciado. La autoridad en la Iglesia servirá a los marginados y oprimidos. La competición por posiciones de poder dejará paso al servicio y el liderazgo anunciará el mensaje del evangelio. Las estructuras de jerarquía se disolverán en una comunión de todo el pueblo de Dios que conducirá gradualmente a una Iglesia de diálogo y de crecimiento profético. En esa Iglesia, cada mujer y cada hombre será una pequeña revelación del Dios viviente manifestando la presencia de Jesucristo.

(Traducido del inglés por Roberto H. Bernet)

²⁷ Karl Rahner, «Basic Theological Interpretation of the Second Vatican Council», en *Concern for the Church* (Theological Investigations 20), Darton, Longman & Todd, Londres 1981, pp. 77-89 (ed. orig. «Theologische Grundinterpretation des II. Vatikanischen Konzils», en *Schriften zur Theologie XIV In Sorge um die Kirche*, Benziger, Zürich 1980, pp. 287-302).